

La plaza el Campo de los Mártires.

La muchedumbre se agolpaba en torno de la puerta, y en el momento en que llegó Colon, vió salir una lujosa litera, à la que seguian otras con gran acompañamiento de pajes y escuderos.

Colon se confundió con la muchedumbre, y por la primera vez de su vida fijó sus ojos en la excelsa soberana que la Providencia habia destinado á ser profeta de su sublime pensamiento.

En la segunda litera vió Colon á una dama de peregrina hermosura.

Sus facciones le recordaron las de aquella mujer que se le habia aparecido en sueños, y le habia mandado buscar en Castilla la realizacion de sus proyectos.

Maquinalmente se volvió à uno de los pecheros que habia à su lado, y le dijo:

—¿Quién es aquella dama que acompaña á la reina?

—¿La que va en la segunda litera?

—Sí.

—Doña Beatriz Enriquez de Córdoba, le respondió.

Colon no se habia equivocado.

Su presentimiento era cierto.

CAPITULO XII.

Luz y sombra



VIÓ Colon maquinalmente á la comitiva, que atravesando el Campo de los Mártires, desde el Alcázar Nuevo se dirigió á la Catedral, entrando por la Puerta de las Bendiciones.

En aquellos momentos iba la reina á asistir á una solemne funcion religiosa, en cumplimiento del voto que habia hecho para que obtuviese su augusto esposo el triunfo sobre los musulmanes en la batalla de Lucena.

Los que conocen la magnificencia de aquel templo, mezquita erigida al culto del Coran sobre el espacio que habia ocupado el templo de San Jorge, por el califa Abderramen ó Hixen; los que hayan pasado algun tiempo bajo aquellos esbeltos é innumerables arcos, bajo cuyas bóvedas se reproduce hasta lo infinito el eco de las oraciones y el melancólico sonido del órgano, comprenderán el efecto que produjo en Cristóbal Colon aquella maravilla de la arquitectura oriental, convertida en espléndida casa del Señor por el famoso Alonso Onceno.

La capilla mayor parecia una áscua de oro.

Millares de cirios iluminaban el retablo que ocupaba el lugar, del que cinco años despues fué costeadado por el obispo don Iñigo Manrique.

La reina, seguida de sus damas, llegó hasta el pié del altar mayor, en donde la aguardaba un reclinatorio de terciopelo

con brocado, por entre una rica fila de rico-homes y altos personajes de la corte.

Colon se quedó atrás, y como todos los circunstantes, imitando á la egregia reina, hincó la rodilla en tierra al mismo tiempo que el cabildo entonaba el *Te-Deum*.

La ceremonia duró más de una hora, y al cabo de este tiempo, Colon, que deseaba volver á ver de cerca, tanto á la reina como á su camarista, se colocó en el dintel de la puerta por donde debian salir, y no tardó en realizar su deseo.

Los nobles volvieron á formar una columna de honor, y por entre sus filas se adelantaron hácia la puerta, donde esperaban las literas, doña Isabel y sus damas.

Doña Beatriz fijó sus distraidos ojos en el extranjero, y Colon experimentó, al cruzar su mirada con la de aquella mujer, una emocion inmensa.

Al pasar á su lado, fuese á propósito ó maquinalmente, dejó caer doña Beatriz el paño de finísimo lienzo que acababa de sacar de la escarcela.

Colon se apresuró á recogerle y á ofrecérselo.

La ilustre dama se limitó á darle las gracias con una afable mirada, y á decirle:

—«Guardadlo.»

La voz de doña Beatriz resonó en el alma de Colon como la voz de su esperanza.

El ilustre genovés habia recibido en un mismo dia dos impresiones completamente distintas.

La una era un desengaño.

La otra una ilusion.

Fray Fernando de Talavera le habia hecho comprender que no podia contar con él para nada.

En medio de sus desventuras, la aparicion de doña Beatriz era para su corazon angustiado un inmenso consuelo.

Colon poseia una de esas almas ávidas de emociones, una de esas almas cuya vehemencia no mitigan, ni los desdenes de la adversa fortuna, ni las huellas del tiempo.

Separada de él para siempre por la muerte la mujer que habia llenado su corazon durante los mejores años de su juventud, habia quedado en su alma la ambicion de la gloria, los ensueños dulcísimos cuya realizacion acariciaba; pero la desgracia se habia ensañado en él.

Felipa habia bajado al sepulcro dejando un inmenso vacío en su corazon.

Su ambicion de gloria habia encontrado infinitos obstáculos.

La indiferencia de unos, la envidia de otros, habian trocado sus ilusiones en desengaños.

Su corazon estaba oprimido bajo el peso del más intenso dolor.

Necesitaba expansion, necesitaba algun nuevo sentimiento que mitigase las amarguras que sufría, y comprendía que esta emocion, que este sentimiento dulcísimo solo podia inspirárselo aquella mujer, en cuya bondadosa mirada, en cuyo celestial acento habia hallado el consuelo para la herida que acababa de recibir.

A partir de aquel momento, su único deseo fué acercarse á doña Beatriz.

Antes de hablarla necesitaba conocer su historia, adivinar los misterios de su alma, inquirir cuáles eran los lazos que la ligaban á la vida, y se figuró que el mejor medio de obtener cuanto deseaba podia hallarlo en Matías.

Tornó inmediatamente á la posada y preguntó por él.

El aldeano habia partido.

Quiso al pronto dirigir algunas preguntas á maese Repulgo, pero no se atrevió, temeroso de que descubriera en su curiosidad el interes que le movia.

El posadero le preguntó si se habia presentado al confesor de la reina.

—He tenido el honor de verle.

—¿Y qué os ha dicho?

—Me ha recibido bien.

—Eso sí, es un hombre muy campechano. Yo no le he visto nunca; pero he oido hablar de él á varios pretendientes, y aseguran que no tiene malas palabras.

Bien es verdad que no falta quien diga que tampoco tiene buenos hechos.

—Sin duda le calumnian.

—Cuando el rio suena...

—La reina, segun parece, le estima mucho.

—Mucho, porque no le cuesta trabajo tener manga ancha. Su majestad es la misma virtud, y ya se ve, cuando se acerca al tribunal de la penitencia, en vez de oír sermones, tiene por fuerza que escuchar alabanzas.

—Y el confesor es hombre de influencia, ¿no es cierto?

—Alcanza de los reyes todo lo que quiere; así es, que si habeis conseguido su gracia, podeis dar por ganada vuestra pretension.

—¿Y de lo contrario?...

—Si no toma interes por vuestro asunto, todos cuantos pasos deis serán inútiles.

La conviccion con que hablaba el posadero acerca del carácter y de la influencia del confesor de la reina, hizo comprender á Colon, que si no debia renunciar á las esperanzas de realizar sus planes con el apoyo de los Reyes Católicos, tendria que luchar tanto, que quizá le faltasen fuerzas para obtener el triunfo.

Pero en medio de su afliccion le sonreia el recuerdo de aquella mujer angelical, que por tantos motivos se habia apo-

derado de su alma, y de la que tan dulce impresion conservaba.

Colon, triste, abatido como el génio que se halla en un momento de desesperacion, subió á su aposento, y maquinalmente se dirigió á la ventana.

Sus miradas no se encontraron aquella vez hácia el Océano.

Las tintas del crepúsculo no le preocupaban.

El verdor de la vega, el perfume que exhalaban los frondosos árboles y las matizadas plantas, pasaban desapercibidas para él.

En cambio, sus ojos estaban fijos en la arabesca ventana, á través de cuyos vidrios de colores habia visto la noche anterior dibujarse el contorno de doña Beatriz.

El tiempo pasaba para él sin sentirlo.

Hallábase en uno de esos instantes de la vida del hombre de talento, en que sus fuerzas decaen, miéntras que su imaginacion febril se lanza en alas de la fantasía á las regiones de lo desconocido, y busca en la esperanza los medios de reanimar su abatido espíritu.

Empezaba ya á anochecer, cuando dominado por el desaliento que oprimia su corazon, sintió que dos acerbas lágrimas asomaban á sus ojos.

—¿Qué soy yo? se decia. ¿De qué me sirve esta imaginacion que me has dado, Dios mio? Rico por ella, mi pobreza en el mundo es infinitamente mayor que la de los demas hombres.

Nacido en la humilde casa de un artesano, criado poco ménos que en la indigencia, desde muy niño he buscado para mi alma una esfera superior, porque la necesitaba para vivir.

He abandonado mi patria, he buscado en un país extranjero el premio de mi trabajo, la felicidad de mi alma; he sentido apoderarse de mí la ambicion de gloria; he deseado ser grande, conquistar para mi oscuro nombre la admiracion del

mundo, y solo he hallado la calificación de loco, y he perdido la felicidad que me sonreía.

Hoy no me queda más lazo que me ligue á la tierra que el de mi pobre hijo, á quien he tenido que abandonar para seguir mi peregrinación y devorar á solas los disgustos que me esperan.

¡Oh! ¡La vida! ¿Qué es la vida para el hombre á quien los lazos de la miseria sujetan al mundo, cuando su pensamiento le lleva á las regiones de lo ideal?

Esta lucha me debilita, me mata. ¿Qué puedo hacer, Dios mio, contra la indiferencia de los hombres? Solo, sin amparo de ningún género, sin la afección de una persona que me sostenga, que me ayude, que me consuele en mis desgracias. La muerte, la muerte me sonríe. ¿Por qué me tendrá tan olvidado?

Este pensamiento hizo asomar de nuevo las lágrimas á sus ojos.

—Y sin embargo, añadió el infeliz; yo siento en mi vida bastante ánimo para luchar; de nuevo se despierta en mi alma, con más fuerza que nunca, un sentimiento que yo creía muerto: el sentimiento del amor.

¿Para qué he de ocultarlo?

Esa mujer, ese ángel que he hallado en mi camino, que parece brindarme la felicidad con su mirada. . . . ¡Oh! sí; esa mujer se ha apoderado de mi corazón, le ha llenado con su pensamiento; y la ansiedad que hay ahora en mí, el deseo de verla, su imagen que no se aparta de mis ojos, su acento que aún resuena en mi oído, todo me dice que la amo, que la amo con toda mi alma.

El horizonte se cubrió de sombras.

La noche tendió su velo sobre la imperial ciudad; las estrellas brillaron en el firmamento azulado, y la brisa llevó de

pronto al oído del ilustre extranjero la voz dulcísima de una mujer, que cantaba acompañada del blanco y melodioso sonido de un arpa.

Fijó sus ojos en la ventana de Beatriz, y á través de los vidrios de colores comprendió que ella era la que llenaba el espacio con su dulcísima voz.

—¿Por qué tiemblo, se dijo, si el corazón me dice que en ella está mi felicidad? ¿Por qué tardo en conseguirla?

Y saliendo precipitadamente de la estancia, bajó á la calle y se acercó á la casa de doña Beatriz.

Un paje iba á entrar al mismo tiempo que llegaba Colon.

—¿Sois por ventura, le dijo, paje de la señora doña Beatriz Enriquez de Córdoba?

—Para serviros, contestó el joven.

—¿Acaso es vuestro nombre Beltrán?

—Mi nombre es.

—Entonces tened la bondad de prestarme un instante vuestra atención.

—Hablad, caballero.

—Soy extranjero: he llegado ayer á Córdoba desde la Rábida.

—¿Sois vos entonces, preguntó Beltrán, el noble genovés que ha conducido á esta ciudad Matías Sampayo?

—Sí.

—Mandad entonces cuanto gustéis, que sé lo que os estima el prior de la Rábida, y ser vuestro criado es honra para mí.

—Pues bien; he venido á la corte con pretensiones harto difíciles, y no cuento con nadie que me apoye en ellas. He visto á doña Beatriz, y al leer en sus ojos la bondad, he concebido un pensamiento: el de implorar su apoyo. Dignaos transmitirle mi súplica; decidle que un extranjero pobre y sin

amparo ha tenido la fortuna de guardar por su orden el lienzo de su mano, que se le cayó al salir de la catedral, y que deseo la dicha de ofrecérselo, al mismo tiempo que implorar su bondad para que me conceda su patrocinio.

—Si consistiera en mi señora, dijo Beltran, podriais estar seguro de conseguir lo que pedís. Su noble corazón solo es feliz cuando hace bien, y creed desde luego que hallariais en su bondad una verdadera Providencia.

—Vuestras palabras reaniman la esperanza en mi corazón, aunque no me sorprenden. Sé que también poseéis un corazón generoso. El hombre que sabe respetar la virtud y sentir el amor al mismo tiempo que la compasión á la desgracia, cualquiera que sea su condición, merece que todos los hombres le estimen y que se honren estrechando su mano.

—¡Vos sabéis!... preguntó Beltran.

—Lo sé todo; Matías Sampayo es un hombre honrado: me ha contado su historia, me ha dado parte en su felicidad.

—¿Cuándo podré deciros lo que contesta mi ama á vuestras súplicas?

—Vivo aquí cerca, en la *Posada del Santero*.

—Bien está; entonces fiad en mi inteligencia. Mi condición es humilde; pero no olvidaré nunca lo bondadoso que habeis sido para mí.

El paje se despidió de Colon, y éste volvió á la posada al mismo tiempo que los huéspedes iban á sentarse á la mesa.

Por una extraña coincidencia, la conversacion de los circunstantes giró sobre una historia que estaba muy ligada con la de doña Beatriz.

Todo favorecía los intentos de Colon.

Este episodio sirvió al ilustre viajero para poder apreciar más y más el noble corazón que poseía aquella mujer, que habia renovado el amor en su pecho.

Los huéspedes de maese Repulgo, que solian cenar juntos, estaban impacientes porque tardaba Martin Carrasco.

Al fin y al cabo se presentó.

Al llegar fué saludado por una salva de imprecaciones.

—Muy poco me ha faltado para no venir, exclamó.

—¿Sin duda alguna mujerzuela menguada os ha entretenido?

—Por ninguna mujer del mundo hubiera yo faltado á un hombre, dijo Martin Carrasco.

—Entonces, añadió otro, os han pedido que contaseis vuestras batallas, y se os ha pasado el tiempo.

—Tampoco ha sido eso.

—¿Pues qué es lo que ha pasado?

—Mirad, dijo Martin Carrasco.

Y mostró el brazo derecho, al cual llevaba atado un lienzo.

—¿Qué es eso, estais herido?

—Nada más que un rasguño. Pero si no paro á tiempo la estocada, hoy acaba mi historia.

—¿Qué ha sido ello, qué ha sido ello? preguntaron algunos.

—Cenemos, y mientras tanto nos lo contareis, dijeron los que más apetito tenian.

—A la mesa, á la mesa, que esto no es nada, y me he batido como un leon.

Pusiéronse á cenar, y despues de calmar la apremiante necesidad que todos tenian, dijo Colon á Martin Carrasco.

—Contad lo que os ha pasado, que nos teneis á todos impacientes.

—La cosa más sencilla del mundo. Despues de pasear con algunos camaradas por el Campo de los Mártires, nos salimos al puente, y andando, andando, nos dirigimos hácia la *Torre de la Malmuerta*. Habiamos jugado á los dados en la *Hostería del Camaleon*, habiamos apurado algunos jarros de lo

añejo, las cabezas estaban acaloradas, y se empezó á hablar de mujeres.

—Siempre acaban mal estas conversaciones, dijo uno de los circunstantes, que tenia cara de avaro, y por lo tanto de poco amigo del bello sexo.

—Uno de los que venian conmigo, prosiguió el militar, se atrevió, ¡aún me enfurezco al recordarlo! se atrevió, como digo, á pronunciar el nombre de nuestra augusta reina para calumniarla.

—¿Qué es lo que dijo?

—Dijo el menguado, despues de decir yo que era una santa:

—«Preguntádselo al marqués de Villena, y él os dirá quién es la reina.

—«¿Os atreveis á dudar de su virtud, bellaco? exclamé yo.

—«No dudo; estoy seguro de que le ha concedido sus favores.

—«Mientes, miserable, dije echando mano á la espada.

—«Cara vas á pagar tu osadía, repuso.»

Los amigos trataron de separarnos; pero ya no era posible.

Los aceros se cruzaron, yo le tiraba estocadas, y él las paraba y repetia contra mí.

De pronto sentí la punta de su espada toledana en mi brazo, y aquello me animó.

Me fui á fondo y le pasé de parte á parte.

—¿Es decir que habeis muerto á un hombre?

—En defensa de mi reina.

—¿Y la Santa Hermandad no lo ha sabido?

—Los amigos que me acompañaban son muy hombres de pró; se enteraron del caso, y me han hecho justicia. Lo que es por ellos, no se sabrá que Martin Carrasco ha hecho una muerte esta tarde; y en cuanto á ucedes, estoy seguro de que será lo mismo.

—¿Y quién era vuestro adversario?

—¿Quién era? La Providencia ha sido justa: era Diego Lainez, el hijo del menguado escudero por quien fué muerta doña Clara de Haro, precisamente en el mismo lugar en donde yo le he hecho pagar muy cara su calumnia.

—A propósito, dijo uno, vos debeis saber la historia de aquel horrible asesinato.

—Y tanto como la sé; no veo una sola vez á doña Beatriz Enriquez de Córdoba, sin que recuerde lo que tantas veces he oido contar acerca de su pobre madre, que Dios haya.

—¿Era por ventura doña Clara de Haro la que le dió el sér? preguntó Colon.

—La misma: ¿qué, no sabeis su historia?

—No, y francamente siento vivos deseos de oirla de vuestros labios.

—Maese Repulgo, dijo Martin Carrasco, traiga vuesa merced un cántaro de vino de mi tierra, del que guardais en lo más hondo de la bodega, y ponadlo á mi cuenta, que estoy muy satisfecho de la estocada que he dado esta tarde y quiero celebrarla. Mientras bebemos, añadió dirigiéndose á sus compañeros de mesa, os contaré la historia, que bien merece ser oida.

Y viendo que todos le escuchaban con la mayor atencion, contó á su modo el episodio que en otra forma voy á mi vez á referir á los lectores.